

—Jaime tiene el genio mejor y más igual que pudiera desearse. En los dos años que llevo de casada no te he visto enfadado ni un segundo, y conmigo mucho menos.

—Pues, entonces, hija mía... Será por que... vamos, vamos, no te apures, que no es tarde todavía.

—¡Ah, ya!... te entiendo..., pero no, no es por eso... ¡y qué deseos tenía!... Pero, al fin, Dios ha oído mis ruegos...

—¡Ah! ¡Hija mía!

—Sí, yo debía ser muy feliz; pero ya, ya hablaremos de esto... Ahora, sígueme oyendo, y te aseguro que es inútil que trates de adivinar lo que me sucede, porque ni yo misma lo sé con claridad... Escucha, mamá, pero no me mires... Deja que me tape la cara, así, contigo, y escuchame: Jaime es buenísimo, ya lo he dicho y tú lo sabes; me quiere muchísimo, y yo á él; desde que nos hemos casado no puedo quejarme de nada, de nada absolutamente, y sin embargo, no soy feliz por completo, porque... porque Jaime me trata con... con excesivos cumplidos...

—¿Cumplidos? ¿Cómo? No te entiendo.

—Sí... mira... Jaime... me parece que no tiene confianza conmigo... que no tenemos la confianza que debiera haber entre marido y mujer.

—¿No te habla de sus asuntos? ¿No te entera?...

—De todo, me lo dice todo, lo que hace y lo que piensa hacer... no, no es eso lo que digo.

—Pues sígo sin entenderte.

—¡Si es muy difícil! Verás. Tú ya sabes que los novios no parecen que lo son de veras hasta que se llaman de tú. Y ya sabes que se suelen llamar de tú muy pronto.

—Sí, demasiado pronto. En mis tiempos no sucedía eso.

—Pero en los míos sí, es decir, en los míos, míos, tampoco, porque Jaime tardó mucho tiempo en tutearme, y hasta me parece que fui yo la que se lo indiqué indirectamente. Bueno, pues ahora le sucede lo mismo.

—¿Que no te tutea!

—¿Que cosas tienes! Me tutea, sí, me habla de tú, pero me trata de usted.

—¿Pero qué es lo que estás diciendo, hija mía?

—Pues eso. Que Jaime me habla de tú, pero me trata de usted. Que me trata con demasiados cumplidos, con excesiva cortesía, con excesivas reservas, con... en fin, que nuestras almas no se tutean.

—Nunca he visto cosas más extrañas.

—Si estuvieras dentro de mí, no te parecerían eso sólo, te parecerían muy desagradables.

—¿Desagradable que tu marido te quiera y te considere! Por lo demás, es muy natural que Jaime, que es un perfecto caballero, sea cumplido con una señora. El amor no impide la cortesía.

—Sí... claro... soy su *señora*... perfectamente, pero también soy su mujer, soy su María... eso... y con la señora bien están los cumplidos, pero con su María confianza, mucha confianza... el amor no llama de usted, y yo no había de enfadarme con Jaime porque me tutease de veras.

—Tú te entenderás, hijita.

—¡Vaya si me entiendo!...

María y Jaime acababan de comer en un pabelloncito de su espléndido jardín.

Era una noche tan hermosa, que los dos esposos habían abandonado, de común acuerdo, el magnífico pero excesivamente abrigado comedor de la casa y se habían hecho servir la comida en aquel lugar, que era delicioso.

Una mesa, un diván, algunas sillas y dos ó tres cuadros, componían el mueblaje del pabellón, por cuyas abiertas ventanas penetraba el hábito vivificador de la primavera impregnado de los perfumes del jardín, entre los que sobresalía el penetrante olor de las magnolias.

María y Jaime tomaban café mientras el criado retiraba los dulces y las frutas y colocaba un frasco que contenía el aromático licor de la *Char-treuse*.

—Retírese usted, y ya le avisaré cuando entremos en casa —dijo Jaime al criado.

—Éste se inclinó respetuosamente y salió del pabellón.

—¿Qué noche tan hermosa! —exclamó Jaime cuando dejaron de oírse los pasos del criado en la crujiente arena.

—¡Hermosísima! —replicó María.

Hubo una pausa. Percibíanse los misteriosos murmullos del jardín, que se estremecía de gozo, celebrando la Primavera y saludando al Estío.

—¿Quieres que apague estas luces? —preguntó Jaime, y añadió riendo: —La luna nos iluminará mejor y será mucho más poético.

—Apágales, sí, — se apresuró á contestar María.

Apagáronse las luces, y como si la melancólica Diana agradeciese aquel acto que en su honor se hacía, eligió sus mejores rayos y los dirigió al pabellón.

—¡No te muevas! ¡Qué preciosa estás así! —excla-

mó Jaime, mirando á María aureolada por aquellos rayos.

—¿Me sienta bien la luna? —preguntó María riendo.

—Estás hermosísima... ¡hermosísima! —continuó Jaime con voz conmovida.

—Pero en cuanto no me ilumine dejaré de estarlo —replicó ella con ingenua coquetería.

—¡Oh, no! Siempre lo eres, siempre eres hermosa, María mía, pero... no sé... me parece que es la primera vez que aprecio como se merece tu soberana hermosura, y... más aún... es una cosa extraña... ya sabes lo que te quiero, ya sabes lo que siempre te he querido, mucho, muchísimo, inmensamente, pero... me parece también que jamás he comprendido como en este momento todo lo que te quiero... lo infinito de mi amor... el supremo sentimiento de verte, de adorarte, de saber que eres mía...

—¿Jaime!...

—¿Qué feliz soy, mamita mía! Jaime y yo nos adoramos. Nuestras almas se tutean. Jaime me ha amado siempre con locura, pero era tímido, no se atrevía á mostrarme todo lo grande de su pasión... ¡Y yo que lo deseaba tanto porque así le quiero á él!... ¡Qué feliz soy, mamita mía!...

LUIS DE TERÁN

Efemérides literarias.

Lord Byron.

Nació en Londres á 22 de Enero de 1788.  
Murió en Missolonghi (Grecia) á 18 de Abril de 1824.

SONETO

Nació, sin duda, para ser coloso,  
De magnates y reyes descendiente;  
Poeta, apasionado, vehementemente,  
Escéptico, irritable y orgulloso.

Vivió buscando por el mundo, ansioso,  
Mujer á quien brindar su amor ardiente;  
Sin dar descanso á la atrevida mente  
Ni á su cuerpo, pacífico reposo.

Murió de amargo, sinsabor henchido,  
Dejando ver sobre su cuerpo herido  
Los duros rasgos del dolor impresos;  
Y oyendo, entre el sopor de la agonía,  
Sus estrofas cantar en una orgía  
De carejadas lúbricas y besos.

Zorrilla.

Nació en Valladolid á 21 de Febrero de 1817.  
Murió en Madrid á 23 de Enero de 1893.

¡El último español! Siete años hará mañana que desapareció de entre nosotros. Cuantos entramos en la capilla ardiente, que se instaló en el antiguo edificio de la Academia Española, le recordaremos siempre como le vimos, á través de nuestras lágrimas, tendido sobre un túmulo de flores y rodeado de coronas y de luces.

¡El último poeta! ¡El último hombre de aquella España creyente y soñadora, de aquella época de las leyendas y supersticiones, de aquellos tiempos de amorosas aventuras y victorias para nuestra patria!

El duelo fué general y sincero. Todo Madrid, formando abigarrada muchedumbre, acudió en pos del féretro de Zorrilla; no sólo en representación de la España entera, sino también en nombre de aquellos lejanos pueblos que, hablando nuestro mismo idioma, llevan además en sus venas nuestra propia sangre. No faltaba el magnate ni el obrero, el fraile ni el militar. Vistiendo la levita ó la blusa, el hábito ó el uniforme; pero todos con la cabeza descubierta, el corazón enternecido y los ojos húmedos por el llanto.

Y cuando la carroza, que conducía el cadáver, avanzaba lentamente hacia el cementerio, parecían escuchar aún la sonora cadencia de poéticas estrofas, como si el alma del poeta, al despedirse de nosotros, repitiera aquellos hermosísimos versos que escribió para el acto de su coronación:

—¡Adiós, ciudad bendita, por mi laúd cantada;  
Adiós, pueblos, que á verme de mí venís en pos;  
Adiós, hijos bizarros de la ciudad sagrada!

—¡Quien de la nada vino se vuelve ya á la nada,  
Voy por mis viejos versos á que me juzgue Dios!

V. A. L.

TEATROS

Zarzuela.—EL SÁBADO DE GLORIA, *sainete lírico de los Sres. Casero y Larrubiera, música del maestro Brull.*

Pasando por alto algunas impropiedades en el diálogo y la acción, los Sres Casero y Larrubiera han sabido hacer un cuadro de costumbres que, á pesar de la poca originalidad del asunto y la escasa novedad de los personajes, logró hacer pasar un rato agradable á la numerosa concurrencia que asistió la noche del actual 17 al estreno del *Sábado de Gloria*.

La maja enamorada y decidida, el torero apuesto y valiente, el viejo corregidor que pierde el seso por el bello palmito y buen talle de cualquier hembra de *trapío*, el picador tumbón, el golilla, el perro y chisperos y manolos del Avapiés y las Vistillas son personajes que siempre se hacen simpáticos, por recordarnos al pueblo heroico del 2 de Mayo de 1808.

La obra, escrita en fácil romance y correcta prosa, demuestra las buenas dotes literarias de Casero y Larrubiera.

La música del maestro Brull, inspirada y brillante, cuadra muy bien á la índole del libro. El dúo del primer cuadro, muy bien cantado por la Srta. Lázaro y el Sr. Bríos, fué repetido entre grandes aplausos, lo mismo que el pasacalle con que acaba. Pero donde el maestro alcanzó una ovación tan grande como merecida fué en el intermedio, página musical hermosísima y maravilla de instrumentación.

El Sr. Muriel fué llamado dos veces á escena. Ha pintado un telón del intermedio y una preciosa decoración del soto de Manzanares, feliz reproducción del cuadro «La gallinita ciega» del inmortal Goya.

La ejecución, buena por parte de todos, distinguiéndose la Srta. Lázaro y los Sres. Bríos, Arana, Orejón y Romea, que se encargó de un papel inferior á su categoría artística.

BARROSO y D. ATILANO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Discurso inaugural del Ateneo de Valencia pronunciado por Doña Emilia Pardo Bazán.

Como trabajo dedicado al sostenedor é iniciador del proyecto de la enseñanza integral en España, y claro está que también por propios convencimientos, el discurso de nuestra ilustre colaboradora tiene por norte y faro el problema de la enseñanza, como único medio de conseguir nuestra *regeneración*, tan necesaria, como manoseada está siendo estos días la tal palabra.

Ninguna ciudad española con tantos títulos para ejercer iniciativas en este punto como la patria de Luis Vives, pues allí donde amaneció el día, amaneció la luz intelectual á la hora del Renacimiento, con el gran impulso que los primeros impresores españoles dieron en ella al descubrimiento de Guttemberg, haciendo ilustres los nombres de Viziant, Palmart y otros.

Arte, trabajo, y principalmente educación, son los remedios que para corregir el mal señala una señora tan instruida, tan erudita y tan artista como la ilustre autora de *Los Pazos de Ulloa*.

En cuanto á hermosura en el lenguaje y galanura en el estilo, baste un párrafo sólo, uno cualquiera, para dar testimonio de ello.

«Y no habrá regiones peninsulares que así contrasten como la vuestra y la mía. Acariciadas vuestras costas por el mar de zafiro de las sirenas, y mordidas y azotadas las vuestras por el bravo Cantábrico y el Atlántico inmenso; prendida vuestra huerta con ramilletes de azahares de nupcial fragancia, y vestidas vuestras sierras abruptas con la dura encina y el pino cuyo murmurio sobrenatural parece, según el decir de uno de nuestros poetas, acorde de arpa salvaje; radiante de claridad vuestro cielo, y velando el nuestro las brumas, entre las cuales ve fantasmas nuestra nostálgica imaginación; comunicativo y abierto vuestro genio, y el nuestro receloso y cauto; músicos nosotros por las resonancias misteriosas de nuestro quebrado paisaje, pintores vosotros por las limpideces de

la atmósfera y las esplendídeas del colorido, reflejadas en la retina; bullendo en vuestras arterias, abundante, la sangre mora, y limpios nosotros de ella, porque las asperezas, eodos y picachos de las montañas detuvieron al invasor—de fijo nadie acertaría á decir, si nos contemplásemos aisladamente, qué atracciones nos acercan, qué afinidad molecular nos agrupa, qué causa nos hace partes integrantes de un todo orgánico.—Mas la atracción, la afinidad, la causa, existen, y su nombre lo sabéis; no he menester repetirlo. Ni es en estas orillas donde de ese nombre augusto se ha blasfemado, y podríamos asegurar que, en medio del proceso de descomposición que sufrimos, ni Castilla y Aragón han permanecido más ortodoxamente nacionales que Valencia. Considero algunos indicios recientes de agitación particularista meros fenómenos de imitación, espumarajos leves, tan presto alzados como deshechos.»

De toda obra literaria ó artística, de la cual se nos remitan dos ejemplares, daremos cuenta en esta sección.

SUETOS

A la prensa y al público enviamos la expresión más sincera de nuestro agradecimiento por la acogida que ha tenido el primer número de LETRAS DE MOLDE. Hemos de seguir trabajando siempre con el mismo entusiasmo, para hacernos acreedores al favor que se nos dispensa.

Rogamos á los suscriptores que no hayan recibido el primer número de nuestro periódico, avisen á la Administración para poderse servir cuanto antes.

El miércoles á las siete de la tarde obsequiarán sus amigos y admiradores á D. Eusebio Blasco con una comida en el Hotel Inglés, para celebrar el éxito de su comedia *¡Polvos hijos!* Las adhesiones se reciben en el Ateneo de Madrid, en el Círculo de Bellas Artes y en la librería de Fe.

En el teatro de la Princesa se ha empezado á ensayar una comedia de D. Enrique Gaspar y una pieza en un acto, del hijo de nuestro colaborador D. Eugenio Sellés.

Dada la premura del tiempo no podemos publicar en este número la revista de la nueva ópera del maestro Bretón.

Hablaremos de *Raquel* en el próximo número.

Por esta misma razón, no damos tampoco cuenta de la recepción de D. José María Sbarbi en la Real Academia de San Fernando.

En el teatro de Apolo se ha leído una obra del insigne autor dramático D. Eugenio Sellés.

La falta de espacio nos impide publicar hoy la «Correspondencia», sección en donde contestaremos á los señores que nos envíen original para publicar.

Se reciben suscripciones para LETRAS DE MOLDE en las librerías de Fe, Suárez y San Martín.

Para comprar ropa blanca y generos de punto, equipos para novia y canastillas, recomendamos la acreditada casa LOS DOCKS DE PARIS, Puerta del Sol, 15, Madrid.

No se devuelven los originales.

Madrid.—Imprenta de LA REVISTA MODERNA  
*Espritu Santo, 18.*

Folleto de LETRAS DE MOLDE 2

LA HIJASTRA DEL AMOR

POR

JACINTO OCTAVIO PICÓN

de una trinchera, y la Reina gobernadora á caballo con manto real. Completaban el mobiliario un velador con tapete de hule, y un costurero exágono con borde almohadado, de damasco amarillo y bolsa de sedas en el centro. Junto al sofá pendía del techo una ancha cinta de colores vivos que remataba en una recia argolla de metal dorado; en cada uno de los ángulos inmediatos al balcón por donde entraba la luz del sol poniente, había dos rinconeras cargadas de chucherías de loza ó porcelana, como figuras del Retiro, tacitas chinas, jécaras de Alcora, marcalinas, salvillas y unas grandes despabileras de plata. El techo serpeado de pequeñas grietas, los papeles descoloridos, que indicaban á trechos por placas rectangulares y oscuras el lugar donde hubo en otro tiempo cuadros, los agujeros de clavos mal sacados, la pintura cuarteada en puertas y vidrieras, los muebles viejos, los adornos

estropeados, la alfombra raída, el ambiente que allí se respiraba impregnado del olor de las ropas guardadas entre perfumes caseros y en cajones antiguos, todo aquel conjunto de cosas, trastos y detalles anticuados, deslucidos ó viejos, daba á la habitación un aspecto extraño que contrastaba con las gentes vestidas á la moderna, despejándose de cuanto no fuera sentir, pensar, hablar y hasta engalanarse como en tiempo de los dos retratos de Espartero y Cristina que adornaban la sala.

Sentada en una silla baja, casi oculta en la sombra que formaban la pared y el balcón, había aquella tarde una mujer, aunque no joven, esbelta, de buen cuerpo y animados ojos, que dando de mano á la labor caída en un cestillo de mimbres blancos puesto á sus pies, miraba alternativamente á la vidriera donde la claridad menguaba, y á la puerta por donde algún criado había de traer luz. El suelo de la sala estaba sembrado de juguetes, que para aquella época eran lujosos y sólo se vendían en dos ó tres tiendas de tiroleses; cocinitas de porcelana francesa, muñecas con trajecitos de seda, mueblecitos de maderas finas, un aro recubierto de terciopelo, y como contraste, dos ó tres trapos viejos liados en forma de llorón con pañal de bayeta.

Sin hacer caso de los juguetes, pegado el rostro al vidrio del balcón, y ompañándolo con su aliento, estaba una niña de siete á ocho años, fijos los ojos en el patio y sin hacer más movimiento que limpiar frecuentemente con la manita el vaho que oscurecía el cristal. Su cabeza rubia acusaba, por la mala conformación del cráneo y la

palidez del rostro, una vida exhausta de vigor; toda la energía de su ser parecía reconcentrada en los ojos; su mirada insistente revelaba la tenacidad de su carácter. Era un organismo de sangre empobrecida, linfático, débil y enfermizo; pero los movimientos rápidos, las respuestas breves cuando se le dirigía la palabra, indicaban en ella un genio voluntarioso, terco y dominante, en que hasta los nervios obedecían á la voluntad, disfrazada de capricho infantil ó antojo de niña mimada. Parecía el germen de una señorita prematuramente decrepita que se vengaría de la Naturaleza siendo inquebrantable y despótica, con la dureza propia del que se siente débil.

Continuaba la criatura fijos los ojos en el patio, cuando la mujer sentada cerca de ella dijo:

—Vamos, Luisa, quítate de ahí, que entra mucho aire por las rendijas.

La niña no oyó, ó fingió no oír, y continuó mirando más atenta que antes á través de la vidriera.

En el patio había otra chica de la misma edad tendida entre los escalones de piedra que daban acceso á una puerta sobre los cuales tenía formados todos sus juguetes improvisados aquel día. Estaba jugando á las tiendas, y en varios cajoncitos de papel aparecían colocadas sus mercancías: el ladrillo machacado con un canto era pimentón, el yeso era sal, la tierra pimienta, los garbanzos y las judías eran auténticos, el serrín tenía una representación imposible de averiguar, tres ó cuatro zoquetes de madera hábilmente unidos servían de mostrador, y con ayuda de dos cascotes de naranja suspendidos en algodones de hacer

media se había fabricado un magnífico peso. Sus ropas eran pobres: cubríanla una falda de percal descolorido por las lavaduras, y una nube de estambre convertida para ella en pañuelo de talle. Tenía las medias no muy limpias y caídas sobre los zapatitos de cabra despellejados por el roce, uno sin cintas y otro con ellas colgando destatadas; las enaguillas más eran grises que blancas, y las manchas andaban repartidas por igual en todo el traje, alternando con corcusidos y sieteas.

Aunque mal pergeñada, la criatura era monísima; sus ropitas quizá inspirasen una lástima parecida á la repulsió, pero su fisonomía, sin ser bella, resultaba encantadora. En el rostro, de una blancura mate, algo dorada por el sol que iluminaba sus juegos en la libre atmósfera del patio, brillaban los ojos rasgados y muy negros, tan grandes, que cuando los parecían desproporcionados para aquella carita tan pequeña; los pelillos de la frente, mal cortados y revueltos, la obligaban con frecuencia á echar bruscamente hacia atrás la cabeza, para que no se uniesen á las largas pestañas que sombreaban dulcemente los párpados, y de su boca, pequeña, roja como un capullo de granado, se escapaba una confusión de exclamaciones, gritos y sonidos semeñantes al gorjear entre cortado que precede al canto de los pájaros.

Engolfada en su juego, hablaba sola:—Deme usted media libra de garbanzos. Pesaba en la balanza una docena, los metía en un eucrucho hecho con cubiertas de novela, y quedaba terminada la venta. —¿Me da usted un cuarto de especias?... Y tomaba unos papelititos vacíos pero muy